El “llamado imperio”: la construcción historiográfica de un episodio de la memoria nacional

*Erika Pani**

Resumen

Este ensayo hace una revisión historiográfica de los textos generales sobre el Imperio de Maximiliano (1864-1867). Pretende analizar el cómo y el porqué el episodio imperial se constituyó, dentro de la memoria nacional, como un periodo exótico, anómalo, prácticamente ajeno al desarrollo histórico del México decimonónico.

Abstract

This essay reviews those works which offer a general overview of Maximilian's empire (1864-1867). It analyzes how and why this period has been construed as an exotic, anomalous period in Mexican history, alien to the historical development of nineteenth century Mexico.

Palabras clave:

Historiografía, traidor, accidente externo, memoria nacional, liberal, conservador.

Fecha de recepción: febrero de 2000

Fecha de aceptación: mayo de 2000

*Profesora-investigadora en el Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, adscrita al área de Historia Política. Correo electrónico: erikapani@yahoo.com

El desembarco de tropas extranjeras en Veracruz; la batalla del 5 de mayo; Juárez el Impasible, llevando consigo, en una carroza negra, los archivos, la república y la nacionalidad; la corte imperial; el "triunfo" de Camarón; Carlota enloquecida; el cerro de las Campanas... Como pocos periodos de la historia de México, los años de la intervención francesa han ofrecido a los fabricantes de estampitas toda una gama de coloreados momentos dramáticos, empapados de patriotismo, para que los niños puedan pegarlas en sus cuadernos de historia patria. El episodio se ha convertido en un momento épico, decisivo dentro de la construcción de la patria: en palabras de Justo Sierra, la república "en el año de 67 había conquistado el derecho indiscutible e indiscutido de llamarse una nación".¹

Sin embargo, mientras que el combate en contra de franceses e imperialistas se ha interpretado como una heroica "segunda guerra de Independencia", el Imperio en sí es disminuido, desdeñado, ridiculizado. Se lo considera un "fantasma insustancial" —la expresión es de Edmundo O'Gorman²—, un régimen vacío de músicas austríacas y oropel, controlado exclusivamente por el tiránico Napoleón III. Sus leyes ni siquiera aparecen en la *Colección completa de disposiciones legislativas* publicada años después por Manuel Dublán y José María Lozano: las únicas leyes históricamente importantes son, en esta óptica, las que promulgó el gobierno republicano refugiado en Paso

del Norte.³ Así, la memoria nacional ha conservado del Segundo Imperio una imagen harto lírica, pero al mismo tiempo maniquea y superficial, que sobrevive hasta hoy: la figura de Maximiliano, "uno de los políticos más odiados de nuestra historia", todavía sirve para desprestigiar a un candidato de oposición.⁴ Pretendemos aquí descubrir cómo se construyó esta visión contradictoria del periodo, dramática y simplista, a la vez que lisonjera y condescendiente.

Para no perdernos en la multitud de interpretaciones, anécdotas y descripciones que ofrecen las memorias, alegatos personales, biografías y obras menores que abundan sobre el Imperio, este trabajo se centrará en aquellas obras "de gran aliento" —como las llamó Martín Quirarte⁵— que pretendían rescatar toda una época. Se tratará además de autores mexicanos, cuyas obras contribuyeron a dar forma a este capítulo de la memoria nacional.⁶ Quedarán fuera interesantes estudios monográficos más recientes, más cuidadosos también, que han empezado ya a minar la interpretación tradicional,⁷ pues

³ Dublán y Lozano, *Legislación*, 1876-1912.

⁴ Véase "Teme el PRI un nuevo 'Foximiliano'", *Reforma*, 18 de agosto de 1999.

⁵ Quirarte, *Historiografía*, 1970, p. 155.

⁶ Se dejará a un lado, entonces, obras importantes como la de Egon César Conte Corti, por haber tenido menos influencia sobre el imaginario histórico mexicano. Corti, *Maximilien*, 1927.

⁷ Sobre la historia militar y la actitud de Francia y los soldados franceses, Dabbs, *French*, 1963; Lecaillon, *Napoléon*, 1994; sobre la política cultural, Acevedo, *Testimonios*, 1995; sobre la política indigenista del imperio, Arenal, "Protección", 1991; Meyer, "Junta", 1993; Pani, "Ver-

¹ Sierra, *Juárez*, 1970, p. 428.

² O'Gorman, *Supervivencia*, 1969, pp. 4-5.

lo que interesa aquí es analizar el retrato que se pintó del Imperio y de los imperialistas, y la manera en que éste quedó grabado en la imaginación colectiva de los mexicanos.

Así, nos limitaremos aquí a las obras que pueden considerarse fundamentales sobre el Imperio, y las analizaremos en función de la manera en que contribuyeron a construir al Imperio como ese periodo anómalo, pintoresco y prácticamente ajeno al desarrollo histórico de la nación mexicana: las *Revistas históricas* de José Ma. Iglesias, órgano del trashumante gobierno republicano, escritas al calor de la lucha, y que, sin embargo, sentarían el tono de lo que se escribiría posteriormente. La defensa furiosa del Partido Conservador que llevó a cabo Francisco de Paula Arrangoiz, y la menos comprometida de Niceto de Zamacois. El retrato frío, desdeñoso y pausado que pintó, bien sentado en la silla del vencedor, José Ma. Vigil, en *México a través de los siglos*, obra que tanto contribuiría a “ordenar” y “dar sentido” al anárquico pasado decimonónico, fijando, sin embargo, una “verdad histórica” que se antoja excesivamente inamovible. El *Juárez y la verdad sobre la intervención y el Imperio* de Francisco Bulnes, reto temprano a la “his-

toria oficial”. Los sabrosos trabajos de Justo Sierra y Carlos Pereyra, por una parte conciliadores y analíticos, por otra robustecedores del mito juarista, así como los del menos hábil Fernando Iglesias Calderón. La trillada y oficialísima crónica de Miguel Galindo y Galindo,⁸ la enorme cantera de datos y visión ecuaníme que ofreció Manuel Rivera Cambas y, por último, la visión de tres historiadores contemporáneos –José Fuentes Mares, José C. Valadés y Gastón García Cantú– que desdeñaron la usual monografía, detallada y quisquillosa, pero limitada, para emprender una historia general del periodo.

EL IMPERIO: UN ACCIDENTE QUE NOS VINO DE FUERA

No cabe duda de que la intervención y el Imperio son sucesos de la historia de México que, más que otros, se inscriben dentro de la historia mundial. Incomprensibles serían ciertamente sin los problemas suscitados por la deuda de México con Inglaterra, España y Francia; sin los proyectos expansionistas del emperador de los franceses; sin la guerra de Secesión estadounidense. Y significaron, incuestionablemente, una invasión extranjera y la presencia de tropas francesas en el país por casi seis años. Sin embargo, los historiadores mexicanos han querido ignorar, o por lo menos aminorar, la parte de los mexicanos en la aventura imperial. Para Manuel Rivera Cambas, la

daderas”, 1998; sobre la legislación, Villalpano, *Sistema*, 1981; sobre la política educativa, Arenal, *Legislación*, 1978; sobre la política exterior, Blumberg, *Diplomacy*, 1971; sobre la política de legitimación, Duncan, “Political”, 1996; sobre los designios franceses sobre Sonora, Suárez Argüello, *Duque*, 1990; sobre las relaciones Iglesia-Estado, Galeana, *Relaciones*, 1991; sobre asuntos varios, Arnaiz y Bataillon, *Intervención*, 1965.

⁸ Quirarte la califica de “absolutamente sumisa a las necesidades de la historia oficial”. Quirarte, *Historiografía*, 1970, p. 126.

intervención y la imposición del sistema monárquico en México eran el resultado de “la fantasía ligera y el pensamiento de un solo cerebro” —el de Napoleón III.⁹ Los mexicanos, con la excepción de los extraviados traidores Gutiérrez Estrada, Hidalgo, Almonte y Labastida, no habían tenido nada que ver.

Se descalificaba así el “vigor innegable que en un tiempo tuvo entre nosotros la idea monárquica como el poderoso rival del sistema republicano”.¹⁰ Según Francisco Bulnes, en 1861 no había en México “partido monarquista, ni grande ni pequeño”. La monarquía no había sido “aspiración de la gran mayoría del Partido Conservador, sino un sacrificio impuesto a sus ambiciones” por la potencia intervencionista.¹¹ Justo Sierra añadía que, muerto Lucas Alamán y exiliado Gutiérrez Estrada desde 1840, no existían elementos monárquicos en México, sino

entre los descendientes de la antigua NOBLEZA colonial, acaso habrían podido encontrarse algunas moléculas perdidas de esta aspiración al ideal monárquico; inconscios e inertes; no tenían vida propia, no [contaban]. Tal vez uno que otro iturbidista PUR SANG arrinconado en el depósito de oficiales, o escondido en casa de algún ex guardián de convento suprimido, o cumpliendo su deber como empleado u HOJALATERO, llevaba el contingente de sus sus-

piros y novenarios a la realización del ideal semicaballeresco de Gutiérrez Estrada.¹²

Era hasta cierto punto normal —aun necesario, escribía Edmundo O’Gorman—¹³ que los liberales vencedores pintaran al elemento monárquico como social, política e ideológicamente nulo. Para ellos, el Partido Conservador, “que en virtud de sus desaciertos y de sus tendencias retrógradas había desaparecido de la escena política, execrado y aborrecido”,¹⁴ no representaba ya, en la década de los sesenta, a nada y a nadie. El proyecto monárquico, según Sierra y Pereyra, se había fraguado exclusivamente en el *boudoir* de Eugenia de Montijo, en el gabinete de Luis Napoleón, en las mentes calenturientas de dos o tres mexicanos expatriados, como la del “desinteresado y puro” —pero desconectado— José Ma. Gutiérrez Estrada, y José Manuel Hidalgo,

prendido desde entonces con 20 alfileres a las faldas de la familia imperial de Francia: jamás un diplomático, por la espumosa consistencia de su médula cerebral y por sus instintos de abrigarse en regazos tibios, ha tenido mayor semejanza con un falderillo de casa rica. ¡Y pensar que hombres así han podido influir tan gravemente en nuestros destinos!¹⁵

⁹ Rivera, *Historia*, 1962, t. I-B, p. 703.

¹⁰ O’Gorman, *Supervivencia*, 1969, p. 5. Para los proyectos monárquicos en México, véanse también Soto, *Conspiración*, 1988; Crook-Castan, *Movimientos*, 1975.

¹¹ Bulnes, *Verdadero*, 1973, pp. 16-17.

¹² Sierra, *Juárez*, 1970, p. 284. Las mayúsculas están en el original. De aquí en adelante, los corchetes serán utilizados para asegurar la concordancia de los verbos.

¹³ O’Gorman, *Supervivencia*, 1969, p. 5.

¹⁴ Galindo y Galindo, *Gran*, 1987, t. III, p. 7.

¹⁵ Sierra, *Juárez*, 1970, pp. 284 y 216.

De esta manera, la historiografía liberal redujo al Partido Conservador, monarquista, a la ridiculez más completa. Consecuentemente, su rival, el Partido Liberal, encarnaría no sólo la forma republicana de gobierno, opción política entre otras, sino la única alternativa viable para el país, su soberanía, su futuro, su nacionalidad misma. Dentro de esta óptica, la intervención y el Imperio en ningún momento dejaron de ser actos externos de explotación y usurpación. Quedaba “superabundantemente probado” que la intervención y el Imperio pretendían destruir “por completo la independencia y la autonomía mexicanas”.¹⁶ La imposición napoleónica no sólo era un abuso, totalmente ajeno a México, sino que representaba un acto contra natura que negaba el “destino indeclinable” de todo el continente americano, “país de la libertad”.¹⁷ Según José Ma. Iglesias, la monarquía, con sus “decadentes instituciones del viejo mundo,” era una planta exótica, destinada a perecer en tierra americana, ya que “sus hábitos, sus costumbres, sus ideas, sus enseñanzas y sus instintos eran enteramente republicanos”.¹⁸

Así, la versión liberal más radical –también la más oficialista– insistiría en la falta absoluta de raíces mexicanas y de apoyo local para el proyecto imperial, salvo por parte de los traidores y de los despistados. Lógicamente, estos historiadores opinaban que gobernaba el ejército francés con el único fin de

impulsar las miras de Napoleón III, mientras Maximiliano se ocupaba de fiestas, teatro y bailes, y sus ministros eran nulificados por extranjeros. Se obstinaban, aun años después del “trágico desenlace” de Querétaro, en arremeter en contra de las afirmaciones –que se hicieron en su momento– de que el gobierno imperial era un gobierno nacional, soberano e independiente. El Imperio, escribía Vigil, “no [había contado] con más apoyo que el de las bayonetas francesas”.¹⁹ Fernando Iglesias Calderón se burlaba del ridículo emperador que, en algún momento, se consideró un soberano independiente:

Si la política seguida era la impuesta por los generales franceses y por la consigna de las Tullerías; si los financieros franceses recibían poderes superiores a los de los ministros y casi *dictatoriales*; si el mariscal francés no sólo tenía la dirección exclusiva de la guerra sino el encargo de organizar el ejército imperial; [...] si no había más *autoridad real* que la apoyada por el comandante en jefe; y si la justicia estaba en manos de tribunales franceses, ¿qué especie de soberanía nacional pretendía representar el archiduque? Reinar bajo el yugo de un extranjero, ¡qué triste papel para un monarca!; reinar bajo el yugo de un Bonaparte, ¡qué triste papel para un Habsburgo!²⁰

De este modo, Maximiliano no había sido sino “un emperador decorativo”, como escribía Justo Sierra, que elaboraba “inejecutables” leyes y de-

¹⁶ Iglesias, *Supuestas*, 1972, p. 218.

¹⁷ Iglesias, *Revistas*, 1966, p. 713.

¹⁸ Pi-Suñer, “José”, 1996, p. 165.

¹⁹ Vigil, *México*, 1940, t. v, vol. 2, p. 670.

²⁰ Iglesias, *Supuestas*, 1972, p. 518.

cretos y decretaba “condecoraciones y fiestas”, mientras “en todo lo demás, era un simple tutorado de Bazaine, dueño éste del ejército y dueño de la hacienda”.²¹ Con elegante ironía,²² José Ma. Iglesias asentaría que los decretos del gobierno que ocupaba la capital, y que dominaba un territorio bastante más extenso que el régimen que representaba, eran “de bambolla y hojarasca, de ilusiones y fantasmagoría, de más ruido que sustancia, y todos de poco o ningún provecho”.²³

De manera similar, historiadores mucho más alejados de los sucesos y que no estaban al frente del órgano de propaganda del gobierno republicano, confirmaron que, mientras Juárez significaba “la realidad política mexicana”, el joven Habsburgo representaba tan sólo “una juventud ilusa” e inconsecuente.²⁴ Maximiliano, alucinado, “tan ignorante de la realidad y ecología mexicanas, [había llegado] a creerse regenerador de un pueblo, que, según los imperialismos financiero y político de la época, sólo necesitaba la rectoría de un individuo ilustrado, partidario del orden y con todo el empaque principesco”. Pero nada había podido hacer, pues, en tanto que él “no conocía ni imaginaba cuál era la mentalidad mexicana, [...] Juárez sabía, y al dedillo, cómo pensaban y cómo eran sus connacionales”.²⁵ De esta manera, como apuntaba José C.

Valadés, mientras Maximiliano gobernaba, era Juárez quien mandaba.²⁶

El gobierno del usurpador no era entonces más que una farsa absurda. Por esto, subrayaba Vigil, en el campo imperialista estaban “la desconfianza, el desconcierto de sus elementos, el terror a lo desconocido”, y por parte de la república, todas “las simpatías, el entusiasmo, el apoyo efectivo de los pueblos”.²⁷ Al enfrentarse a la aparente popularidad arrasante de la pareja imperial, estos historiadores recurren —no siempre con gran congruencia—, a los argumentos de rigor: la manipulación del pueblo por parte de las autoridades —y sobre todo del clero—, la ignorancia y la curiosidad natural de la gente común, etc.²⁸ Valadés daría más de un siglo después una explicación sociológica a lo que veía como la indiferencia política de los mexicanos: “la numerosa y baja población de México [...] entregada al oportunismo más inconducente, lo mismo aplaudía a un lado que a otro lado”.²⁹ Según Justo Sierra,

[Recibió a Maximiliano] la población por curiosidad, los conservadores muy alborozados, y mirados fría y burlescamente por el pueblo [...] la curiosidad estupenda, el deseo de aplaudir lo que halaga los ojos, cierta necesidad de quedar bien ante un príncipe extranjero, la devoción de las multitudes de indígenas, que vivían todavía en el siglo de la conquista y para quienes *ver a un*

²¹ Sierra, *México*, 1900, t. I, p. 302.

²² Pi-Suñer, “José”, 1996, p. 164.

²³ Citado en Galindo y Galindo, *Gran*, 1987, t. III, p. 225.

²⁴ Valadés, *Maximiliano*, 1993, p. 187.

²⁵ *Ibid.*, pp. 213-214.

²⁶ *Ibid.*, p. 325.

²⁷ Vigil, *Reforma*, 1940, t. v, vol. 2, p. 804.

²⁸ Rivera, *Historia*, 1962, t. II-B, p. 582.

²⁹ Valadés, *Maximiliano*, 1993, p. 251.

rey era una maravilla, todo dio una expresión extraordinaria a aquellas recepciones en que la clase alta lo dirigió y lo compuso todo con una adhesión tan ingenua y tan *cursi*, que la historia desarrega ante ella su faz severa y olvida que la noción de patria se perdía en aquellas consciencias.³⁰

La historiografía más liberal –y en el caso de Iglesias, Vigil, Sierra, Pereyra y Galindo y Galindo podemos hablar también del discurso del poder– retrataba entonces al Imperio como un régimen exótico, usurpador, extranjerizante, sin ningún tipo de apoyo local, y completamente insustancial. Autores más moderados –quizás también menos comprometidos– pintaron un cuadro algo diferente: Rivera Cambas,³¹ pero sobre todo Bulnes y Zamacois, describieron a un sector importante de la población, agotado por el desorden

y la anarquía de los años precedentes, como potencialmente imperialista. Bulnes, por ejemplo, negaba que las actas de adhesión al Imperio hubieran sido extraídas a sangre y fuego:

La mayoría de las actas de adhesión fueron voluntarias. La mayoría de la nación no creía ya que la intervención comprometía la independencia, y el resto, exceptuando el enérgico grupo liberal, estaba hasta por perder la independencia con tal de llegar a conocer el derecho de propiedad, el respeto a la vida humana y a la libertad personal, la inviolabilidad del trabajo, el sueño sin pesadillas, la autoridad sin brutalidades, las leyes sin desgarraduras, los tribunales sin consignas ni venalidad.³²

No se podía, decía Zamacois, acusar a los imperialistas mexicanos de “falta de patriotismo”, pues estaban convencidos de que la intervención y el Imperio de ninguna manera amenazaban

³⁰ Sierra, *México*, 1900, t. I, pp. 295-296. El énfasis está en el original.

³¹ Rivera, *Historia*, 1962, t. II-B, pp. 632 y 639-642.

³² Bulnes, *Verdadero*, 1973, p. 281.

la independencia.³³ El país estaba “ávido de paz, cansado de las guerras fratricidas que lo habían empobrecido y destrozado durante 43 años; firmemente persuadido de que sin auxilio extraño nada podía cimentar”.³⁴ El Imperio representaba una esperanza de paz y orden, y era por esto que las poblaciones se habían adherido masivamente al nuevo régimen. Nunca, decía Zamacois, “se había visto hasta entonces expresar a las clases pacíficas, de una manera más clara, su opinión por el establecimiento de un gobierno”.³⁵

Sin embargo, aunque estos historiadores consideraban que el Imperio habría tenido posibilidades importantes de apoyo y arraigo local, concordaban en que la aventura imperial estaba, desde un principio, condenada al fracaso absoluto. Bulnes afirmaba que al aceptar el Tratado de Miramar, con sus onerosísimas obligaciones financieras para con Francia, Maximiliano había firmado la sentencia de muerte del Imperio. Financieramente hablando, éste había sido “más ruinoso a la nación en un año que la anarquía en cuarenta”.³⁶ Por esto,

El Imperio era imposible con Juárez o sin Juárez, con liberales o sin ellos, con Estados Unidos o sin ellos. Ya no se necesitaba de la Doctrina Monroe para desmoronar el Imperio; bastaba con la “doctrina de la miseria”. De esta situación no podía salir más que una catástrofe. El Imperio no necesitaba para

morir que lo atacasen; la muerte estaba en sus entrañas.³⁷

Para Zamacois, el error garrafal de Maximiliano había sido el de no apoyarse en los elementos nacionales, católicos, que lo habían llamado, siguiendo, al contrario, una política liberal, dictada por la fuerza intervencionista.³⁸

Desde el momento en que dio esas leyes, vino [...] a declarar que su trono era usurpado [...] Al reconocer por bueno todo lo que respecto a bienes y reformas de la Iglesia había hecho el gobierno de don Benito Juárez, el emperador llegaba a nulificarse moralmente [...] Al obrar en contra de las ideas de los conservadores [...] Maximiliano venía a desligarse de todos sus compromisos con que le habían llevado al trono.³⁹

De esta manera, aun aquellos historiadores decimonónicos que desmintieron el rechazo universal que del Imperio habrían hecho los mexicanos, afianzaron la imagen del régimen de Maximiliano como la de un gobierno sin ninguna vitalidad propia —como “las figuras de cera que vemos en las exhibiciones”⁴⁰—, cuya política —“topografía indescifrable”, según el secretario de Hacienda de Juárez—⁴¹ estaba completamente desligada de la realidad mexicana, y cuyas posibilidades de sobrevivir, una vez repatriadas las tropas francesas, eran nulas. Aunque el archi-

³³ Zamacois, *Historia*, 1882, t. xv, p. 834.

³⁴ *Ibid.*, 1882, t. xvi, p. 189.

³⁵ *Ibid.*, 1882, t. xvii, p. 470.

³⁶ Bulnes, *Verdadero*, 1973, p. 385.

³⁷ *Ibid.*, pp. 547-548.

³⁸ Zamacois, *Historia*, 1882, t. xvii, pp. 712-713.

³⁹ *Ibid.*, t. xvii, pp. 892-894.

⁴⁰ Pereyra, *Juárez*, 1972, p. 96.

⁴¹ Iglesias, *Revistas*, 1966, p. 437.

duque hubiera sido “el genio político, administrativo y guerrero de la época” –y no, como lo describía Bulnes, “una gran potencia desquiciadora e incapaz de gobernar por sí sola un palomar”– el Imperio “era una obra imposible”.⁴²

Hasta hace poco, la historiografía del siglo xx no había hecho mucho por alterar estas imágenes del periodo imperial. José Fuentes Mares –cuya obra, según Martín Quirarte, está “en abierta pugna con la historiografía oficial”–⁴³ repetiría que el Imperio no podía “ser otra cosa que francés”. En la más reciente de las obras generales sobre el Imperio, Gastón García Cantú afirma que los conservadores no habían tenido otro objetivo, desde la independencia, que “la conquista y la colonización de México” por una potencia extranjera.⁴⁴ Han permanecido entonces grabadas, en el imaginario histórico, como profecía incuestionable, las palabras de José María Iglesias en 1864: “El imperio mexicano [había] sido el resultado de un aborto. Enclenque, raquítrico, destartelado, [tendría] una vida enfermiza y una temprana muerte.”⁴⁵

LOS “SEUDOMEXICANOS.”⁴⁶
LOS IMPERIALISTAS

Para la historiografía tradicional, el gobierno imperial no era entonces más

que el títere emperifollado de Napoleón el Pequeño. No obstante, la presencia y el compromiso de destacados políticos mexicanos con el Imperio parece negar la visión extranjerizante que, como se ha visto, trataron de construir los historiadores.⁴⁷ Pero, ¿qué hacer entonces del ministerio, de la burocracia, del servicio exterior del Imperio, conformados, casi en su totalidad por mexicanos?⁴⁸ Antes que afrontar esta contradicción, tanto los autores porfiristas como los contemporáneos prefirieron aminorar los hechos. Casi todos afirmaron que, de todas maneras, los funcionarios mexicanos no existían más que para taparle el ojo al macho: ocupaban puestos sin autoridad, mientras tras bambalinas, los franceses y otros extranjeros llevaban las riendas del poder.

Así, sólo José Ma. Iglesias se desgarró las vestiduras ante las “escandalosas defecciones” de hombres de Estado de probidad y experiencia –que ahora denigraba–, como José Fernando Ramírez, Pedro Escudero y Echánove, José Ma. Cortés Esparza y José Ma. Lacunza.⁴⁹ La posición de éstos era la “más vergonzosa”, e Iglesias no podía menos que preguntarse si, “víctimas de una alucinación, [habían] llegado a confun-

⁴⁷ Véase Pani, *Imperialistas*, en prensa.

⁴⁸ La excepción notable son las carteras de Hacienda y de Guerra, que ocuparon por corto tiempo funcionarios franceses: la primera M. Friant, del 26 de julio al 24 de septiembre de 1866, la segunda A. D’Osmont, del 26 de julio al 20 de septiembre de 1866, y Carlos Blanchot, del 20 de septiembre al 14 de diciembre de 1866.

⁴⁹ Iglesias, *Revistas*, 1966, p. 512.

⁴² Bulnes, *Verdadero*, 1973, p. 563.

⁴³ Quirarte, *Historiografía*, 1970, p. 181.

⁴⁴ García Cantú, *Intervención*, 1998, p. 34.

⁴⁵ Iglesias, *Revistas*, 1966, p. 444.

⁴⁶ La expresión es de José Ma. Iglesias. Iglesias, *Revistas*, 1966, p. 438.

dir las nociones de lo bueno y lo malo".⁵⁰ Pero, frente al escándalo de don José María, los historiadores posteriores no se inmutaron mucho. El mismo Vigil, redactor del *Monitor Republicano*, liberal intransigente como pocos, apenas comentó sobre la entrada de los moderados en el gabinete de Maximiliano, que "ninguna influencia real [podían] tener en la marcha de la política, pues otras eran las manos encargadas de dirigirla".⁵¹

Como Vigil, los demás historiadores del porfiriato, en aras quizá de la conciliación nacional que promovía el gobierno de Díaz,⁵² prefirieron no destacar la cooperación con el Imperio de un sector importante del grupo liberal. Justo Sierra fue el único que, intentando quizás justificar la actuación de su tío, Luis Méndez, consejero de Estado de Maximiliano, trató de explicarla, aunque de manera un tanto vergonzante. Para Sierra, estos "buenos republicanos y reformistas de honradez y talento" habían colaborado con el régimen imperial, pues

su educación de abogados, de ingenieros, de estadistas, la habían hecho o en Francia o en libros franceses, como buenos franceses mentales, su fe en la infalibilidad filosófica de Francia y en la in-

mortalidad del poder militar de Francia era inmensa; y como buenos franceses actuales, su ciega confianza en el talento y en la autoridad de Napoleón corrían parejas con la de casi todos los hombres de Estado europeos en aquellos días [...] creyeron que la república de Juárez había muerto, o que, si resucitar pudiera, sería por la acción directa de Estados Unidos, lo que los espantaba profundamente.⁵³

Según Sierra, los imperialistas liberales habían intentado salvar a la Reforma "del naufragio de la república" para que, cuando ésta resurgiera –pues la monarquía no podía ser más que un régimen provisional–, pudiera llevarse a cabo "un arreglo nacional [...] sobre amplias bases definitivas".⁵⁴

Si por razones personales a Justo Sierra le interesaban las motivaciones de los moderados imperialistas, los demás historiadores se preocuparon poco por el pensamiento y la acción de esos liberales "con corazón de canarios y temple de mariposas".⁵⁵ A fin de cuentas, argüían, quienes gobernaban no eran ellos, sino en primer lugar el jefe del ejército expedicionario, y en segundo, los integrantes del "gabinete particular" del emperador, extranjeros todos. Estos hombres, que acabaron siendo los "árbitros de la situación",

no tenían más que una idea fija; la de hacer su agosto [...] todos traían las mismas preocupaciones, las mismas ideas superficiales, la misma frivolidad de costumbres, la misma ignorancia de los

⁵⁰ *Ibid.*, 1966, p. 527.

⁵¹ Vigil, *Reforma*, 1940, t. v, vol. 2, pp. 651; y 684-685.

⁵² Según Bulnes, cuando Manuel Payno sugirió que se publicaran las listas de aquellos que habían solicitado empleo al Imperio, Sebastián Lerdo de Tejada se negó, diciendo que si se publicaban esos 104 000 nombres, se quedarían "sin partido liberal". Bulnes, *Verdadero*, 1973, p. 413.

⁵³ Sierra, *México*, 1900, p. 298.

⁵⁴ *Ibid.*, p. 298.

⁵⁵ Bulnes, *Verdadero*, 1973, p. 638.

negocios [...] Tales iban a ser los consejeros íntimos, los guías omnipotentes de un soberano.⁵⁶

Según Francisco Bulnes, Félix Eloin, el ingeniero belga que dirigiría el gabinete, "un jilguero de canciones picarescas", se transformó rápidamente en el "*factótum* del Imperio". Maximiliano había creado, por un lado, un gobierno "*ultrapersonal*", sin más instituciones y procedimientos administrativos que las "*epístolas*" que enviaba a ministros y prefectos. Por otro, el joven Habsburgo no tenía la fuerza de carácter necesaria para asumir esta responsabilidad. Estaba, además, demasiado ocupado disecando pájaros y lanceando mariposas, para ocuparse de las prosaicas actividades gubernamentales. Por tanto, había delegado toda autoridad en Eloin, lo que significó, desde un principio, la "calamidad" del Imperio.⁵⁷

Una vez más, puede verse cómo la historiografía liberal se esforzó por pintar al elemento imperialista mexicano como "simpático y profundamente nulo", minoritario y, sobre todo, inoperante. Sin embargo, si bien esta actitud desdeñosa es, hasta cierto punto, predecible en las obras que intentaban retratar a los republicanos como el grupo valiente, representante exclusivo de la nacionalidad y del futuro de México, sorprende encontrarla también en autores "conservadores", como Francisco de Paula Arrangoiz y Niceto de

Zamacois.⁵⁸ Estos autores –sobre todo Arrangoiz, que fue representante del Imperio en Londres y Bruselas– intentaron lavarle las manos al Partido Conservador respecto al fracaso estrepitoso del régimen por el que tanto había suspirado, arguyendo que los conservadores no habían tenido nada que ver con el gobierno imperial una vez instalado Maximiliano en el trono.

Según Zamacois, español, más moderado, y cuyo objetivo principal era el reconstruir una historia general e "imparcial" de México,⁵⁹ Maximiliano había traicionado, como se ha mencionado ya, aquellos principios religiosos profundamente arraigados en la población mexicana, que debían ser los pilares del régimen imperial. Maximiliano había seguido erradamente "la política de Napoleón", en vez de la que le indicaban "los pueblos que lo [habían elegido] emperador".⁶⁰ El joven Habsburgo se había sometido a tal grado a los intereses de los franceses, que había firmado el "indigno" y "censurable" decreto del 3 de octubre de 1865, sólo para "tener [...] complacido" al mariscal Bazaine.⁶¹ Había hecho a un lado a los conservadores, personas de acendrado patriotismo y "excelente criterio", injuriándolos con los apelativos de "sacristanes" o "clericales", para rodearse de

⁵⁸ Para un estudio de la obra historiográfica de estos dos autores, véase Correa, "Francisco", 1996, y Torre, "Niceto", 1996.

⁵⁹ Torre, "Niceto", 1996, p. 559.

⁶⁰ Zamacois, *Historia*, 1882, t. XVIII, p. 493.

⁶¹ *Ibid.*, p. 188.

⁵⁶ Vigil, *Reforma*, 1940, t. V, vol. 2, p. 651.

⁵⁷ Bulnes, *Verdadero*, 1973, p. 504. Bulnes cita al periodista francés Emmanuel Masseras.

hombres de diferentes naciones que, por ilustrados que fuesen, desconocían las costumbres, el carácter, el idioma y las necesidades del país [...] se cuidaban muy poco del porvenir de México, hacia el cual no tenían el afecto más leve. Su objeto era sacar provecho de su permanencia en el país; y se injerían en todos los negocios. [...] No era posible que de esta manera hubiese orden en la administración.⁶²

No obstante, mientras el historiador español intentaba ser ecuaníme y rescatar “la verdad histórica”, Arrangoiz proponía abiertamente defender a su partido. Escribió sus dos libros, *Apuntes para la historia del Segundo Imperio mexicano y México de 1808 hasta 1867*, considerados ambos como la “versión conservadora” de la historia del Imperio,⁶³ explícitamente para desmentir a aquellos que culpaban de la tragedia imperial “al santo padre y al clero mexicano”.⁶⁴ El clero y los conservadores —escribía Arrangoiz— no habían desempeñado papel alguno dentro del Imperio, pues habían sido totalmente excluidos del gobierno imperial, luego que “el saber, las cualidades morales, todo desaparecía ante los ojos de Maximiliano cuando se era conservador”.⁶⁵ Maximiliano y Bazaine habían intentado gobernar al país “desde París y a la francesa”. El fracaso del Imperio y la muerte de Maximiliano eran directamente imputables a “la imprevisión del emperador de los franceses, a la ignorancia completa de sus minis-

tros de las cosas de México; a la conducta de sus generales [...] y a la ceguedad de Maximiliano, arrastrado por consejos de aventureros extranjeros y de mexicanos que no eran monárquicos”.⁶⁶

Según este autor, Maximiliano había traicionado a los “verdaderos amigos” del régimen monárquico, cuyo objetivo incuestionable era la reparación de lo sagrado, la conservación del principio católico y, con ello, el restablecimiento sobre base firmísima del poder civil,⁶⁷ pues la consolidación del imperio mexicano —que se hubiera dado de haberse seguido los lineamientos conservadores— le daba completamente igual. Para el emperador, “el trono de México no era [...] más que el teatro de su estreno, en que se proponía dar a conocer a la Alemania ultraliberal que él era un soberano democrático”.⁶⁸ Las medidas promovidas por el régimen imperial no respondían a necesidades locales, ni a las preocupaciones de los hombres públicos mexicanos. Eran “inaplicables a México”. Su único objeto era el persuadir a los europeos de que Maximiliano “tenía un genio creador, que era un gran administrador, que México era un país en que, antes de que él fuera, no existía nada de lo que constituye un país civilizado”.⁶⁹

Para Arrangoiz, Maximiliano no sólo había pervertido en su esencia los principios monárquicos, no sólo se había dedicado a promulgar leyes y decretos “ridículos, [...] pueriles, [...] e] innecesarios

⁶² *Ibid.*, t. xvii, p. 434, p. 636, p. 683.

⁶³ Correa, “Francisco”, 1996, p. 201.

⁶⁴ Arrangoiz, *México*, 1968, p. 7.

⁶⁵ *Ibid.*, p. 595.

⁶⁶ *Ibid.*, p. 7.

⁶⁷ *Ibid.*, p. 8.

⁶⁸ *Ibid.*, p. 588.

⁶⁹ *Ibid.*, p. 648.

rios”,⁷⁰ sino que además había contratado casi exclusivamente a extranjeros para los empleos que tenían alguna importancia real, como si en México no hubiera “hombres de moralidad y de capacidad”. Sería esta descripción de Arrangoiz acerca del gabinete particular del emperador la que permearía las impresiones sobre el personal imperial que recogen prácticamente todas las historias posteriores del Imperio, independientemente de su color político.⁷¹ Según don Francisco de Paula, los hombres que dirigían “la política y la voluntad del emperador”, que tenían en sus manos despilfarradoras los destinos de México, no tenían “práctica ni conocimiento alguno en materia de gobierno”. El gabinete era

una oficina políglota, una especie de torre de Babel, en que había alemanes, belgas, franceses, húngaros [...] hombres sin antecedentes conocidos, llenos de codicia, sin nada que les ligara al

país: ni tenían afecto a Maximiliano, en quien no veían más que un instrumento ciego de hacer su negocio; y ni sabían el idioma, ni conocían las costumbres de México, cuyo porvenir les era completamente indiferente.⁷²

De esta manera, los constructores decimonónicos del pasado nacional –independientemente de su filiación política– hicieron lo posible por deslindar a México y a sus hombres del Imperio, mismo que quedó como un régimen exótico, impuesto por las bayonetas extranjeras, y cuyas políticas y personal –con la excepción de traidores y despistados– eran también extranjeros. Sin embargo, llama la atención que estos argumentos hayan sido recuperados, prácticamente intactos, por los historiadores contemporáneos. El mismo Martín Quirarte, en un libro que se supone es exclusivamente un análisis crítico de la historiografía del Imperio, aseguraba que los interven-

⁷⁰ *Ibid.*, p. 739.

⁷¹ Véase Zamacois, *Historia*, 1882, *supra*.

⁷² Arrangoiz, *México*, 1968, pp. 589-590.

cionistas habían sido “ciertamente [...] autores de un delito contra la soberanía y la independencia de México”. Además, asentaba –sin citar fuente alguna– que el archiduque había dado “una autoridad política superior” al grupo de extranjeros que componía su gabinete particular, a la del “ministerio formado por mexicanos”.⁷³

De manera similar, y basándose casi exclusivamente en fuentes bibliográficas⁷⁴ y en los archivos diplomáticos europeos⁷⁵ –en ningún momento sobre documentos mexicanos de la época del Imperio–, tanto José C. Valadés como José Fuentes Mares, al parecer felices de ocuparse de un episodio de la historia patria que más bien parecía “un capítulo nuevo para la historia del arte”, reproducían prácticamente íntegra la visión tradicional –tan heroica y pintoresca– del Imperio y los imperialistas. José C. Valadés, no obstante reconocer que el Imperio “no lesionaba el fondo del pensamiento de la política nacional”,⁷⁶ insistía en que ningún

“liberal ilustrado y honrado” podría haberse adherido al Imperio, pues estos hombres “correspondían a la república”.⁷⁷ Aquellos “liberales vergonzantes” que habían conformado el ministerio imperial eran, en realidad, “adictos a cualquier sistema de gobierno”.⁷⁸ Poco importaba, de cualquier manera, pues quien llevaba “la marcha de los negocios era el ingeniero Eloin”, luego de que, entre los mexicanos, Maximiliano, según él, no podía encontrar “hombres capacitados”.⁷⁹

Por su parte, José Fuentes Mares –que en un impulso romántico dedicó su libro “a los que llegaron a Paso del Norte en 1865 [y] a los que se enclerraron en Querétaro en 1867”–⁸⁰ veía la imposición del régimen monárquico y la presencia del ejército francés como firmemente inscrita en la historia de un país cuya clase política siempre había partido “del supuesto de que el pueblo mexicano [era] un ente incapaz, y le [nombraban] tutores que [eran] los órganos de su voluntad”. Para este autor, mucho tenían en común “la Regencia del Imperio, la jefatura del cuerpo expedicionario, el Partido Científico de don Porfirio, y las diversas versiones del Partido de la Revolución Mexicana”.⁸¹ Pero si bien veía al régimen imperial como consecuencia lógica de las artificiales prácticas de la

⁷³ Quirarte, *Historiografía*, 1970, p. 78.

⁷⁴ Como la “mayoría de las obras de conjunto escritas por mexicanos” sobre esta época. *Ibid.*, 1970, p. 151.

⁷⁵ Valadés utiliza también *El Diario del Imperio* y los originales de la correspondencia entre los emperadores de México y Francia, misma que ya había sido reproducida por Egon Cesar Conte Corti. Su texto contiene algunas imprecisiones importantes. Argumenta que Payno nunca aceptó puesto del gobierno imperial –fue regidor de la ciudad de México durante corto tiempo–, que Teodosio Lares había sido ministro de Comonfort, y que la legislación municipal establecía que los regidores debían ser nombrados por los prefectos. Valadés, *Maximiliano*, 1993, p. 190, p. 251.

⁷⁶ *Ibid.*, p. 10.

⁷⁷ *Ibid.*, p. 189.

⁷⁸ *Ibid.*, p. 190.

⁷⁹ *Ibid.*, pp. 190-191.

⁸⁰ “El mundo era viejo, lleno de hazañas y, sin embargo, embellecieron la historia del hombre”. Fuentes Mares, *Juárez*, 1963.

⁸¹ *Ibid.*, p. 22.

“democracia mexicana”, si además le fascinó el heroísmo de algunos soldados del Imperio, como Miguel Miramón, le interesó poco estudiar las motivaciones y los proyectos de los civiles que, suponemos, dieron forma al régimen y a la política imperial.

En la obra de Fuentes Mares, el personal político del Imperio desaparece del escenario una vez más expulsado por el “elemento extranjero”. Es difícil, aun a la luz de los documentos del ramo Segundo Imperio del Archivo General de la Nación, calibrar el peso que tuvieron dentro del Imperio personajes truculentos como Félix Eloy, el padre Agustín Fisher y Galloni d'Istria, jefe de la policía capitalina. No obstante, tanto Quirarte y Valadés, como Fuentes Mares, creyeron al parecer a pie juntillas los alegatos del resentido Arrangoiz. Así, según Fuentes Mares, Maximiliano, que consideraba a los mexicanos poco menos que imbéciles, acudiría “a todas las artimañas posibles para proporcionar a los mexicanos el nombramiento y la función correspondiente a los extranjeros”.⁸² El gabinete particular, compuesto por hombres como Félix Eloy, “belga, ingeniero de minas, sin el menor conocimiento ni la más leve simpatía hacia el país donde desempeñaría un papel tan importante”, tendría la influencia más amplia.⁸³ Por su parte, Gastón García Cantú, tras insistir en la responsabilidad de los “aliados internos” de la intervención francesa que trajeron la inicua invasión para “conservar la gran propiedad de la tierra y

los privilegios”, no se ocupa del desarrollo interno del régimen imperial.⁸⁴

De esta manera se ha visto que, si bien se considera a la lucha en contra de la intervención y el régimen imperial como un suceso clave en la formación del Estado-nación mexicano, la historiografía sobre el Segundo Imperio, tanto la liberal como la conservadora, y tanto la de la época como la más reciente, ha convertido al Imperio en un accidente extraño; en un suceso anómalo, sin raíz alguna en el desarrollo histórico del México independiente. Los actores mexicanos del drama imperial aparecen en papeles muy secundarios, apenas para ambientar las escenas que pertenecen al archiduque austríaco a la princesa belga, a los soldados franceses y a otros “aventureros” extranjeros. Los conservadores monárquicos, ridículos, delirantes y antipatrióticos fueron excluidos, según ella, por el mismo emperador que habían reclamado. Los mexicanos –de diferentes grupos políticos– que colaboraron con el gobierno de Maximiliano, actuaron de mera pantalla, encubriendo, con poco éxito, a los extranjeros que fueron los verdaderos artífices del poder, y que desquiciaron la administración y el Tesoro del desahuciado Imperio.

⁸⁴ García, *Intervención*, 1998, p. 105; pp. 119-140. García, repite, quizá con mejor pluma, la cantaleta de siempre que transforma la historia del XIX mexicano en un combate entre los buenos, progresistas, patriotas e inteligentes liberales y los malos, reaccionarios, traidores e imbéciles conservadores, negando al proceso toda complejidad. Es una lástima que se haya desperdiciado así una bonita edición de difusión.

⁸² *Ibid.*, p. 63.

⁸³ *Ibid.*, p. 54.

Todo esto se afirma sin consultar casi archivos mexicanos, ni la prensa de la época. Es tiempo ya de desbancar esta imagen maniquea y acartonada, y de rescatar al Imperio como parte de la historia de nuestro país, como una experiencia mexicana.

BIBLIOGRAFÍA

- Acevedo, Esther, *Testimonios artísticos de un episodio fugaz. 1864-1867*, Instituto Nacional de Bellas Artes, México, 1995.
- Arenal, Jaime del, "La legislación del Segundo Imperio mexicano en materia educativa", tesis de licenciatura en derecho, Escuela Libre de Derecho, México, 1978.
- , "La protección del indígena en el Segundo Imperio mexicano: la Junta Protectora de las Clases Menesterosas", *Ars Iuris*, 1991, pp. 1-33.
- Arnaiz y Freg, Arturo y Claude Bataillon (comps.), *La intervención francesa y el imperio de Maximiliano. Cien años después. 1862-1962*, Asociación Mexicana de Historiadores/Instituto Francés de América Latina, México, 1965.
- Arrangoiz, Francisco de Paula, *México desde 1808 hasta 1867*, Editorial Porrúa, México, 1968.
- Blumberg, Arnold, *The diplomacy of the Second Empire. 1863-1867*, Transactions of the American Philosophical Society, Filadelfia, 1971.
- Bulnes, Francisco, *El verdadero Juárez y la verdad sobre la intervención y el Imperio*, Editora Nacional, México, 1973.
- Correa, Leonor, "Francisco de Paula Arrangoiz" en Pi-Suñer (coord.), *Historiografía*, 1996, pp. 573-587.
- Corti, Egon Cesar Conte, *Maximilien et Charlotte du Mexique. D'après les archives secrètes de l'empereur Maximilien et autres sources inédites. 1860-1865*, Librairie Plon, París, 1927.
- Crook-Castan, Clark H., "Los movimientos monárquicos mexicanos", tesis de doctorado en historia, El Colegio de México, México, 1975.
- Dabbs, Jack A., *The french army in Mexico. 1861-1867: a study in military government*, Mouton & Co, La Haya, 1963.
- Dublán, Manuel y José Ma. Lozano, *Legislación mexicana o colección completa de las disposiciones legislativas expedidas desde la independencia de la república mexicana*, Imprenta del Gobierno, México, 1876-1912, 58 vols.
- Duncan, Robert, "Political legitimation and Maximilian's Second Empire in Mexico, 1864-1867", *Mexican Studies/Estudios Mexicanos*, vol. XII, núm. 1, invierno, 1996, pp. 27-66.
- Fuentes Mares, José, *Juárez y el Imperio*, Editorial Jus, México, 1963.
- Galeana, Patricia, *Las relaciones Iglesia-Estado durante el Segundo Imperio*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1991.
- Galindo y Galindo, Miguel, *La gran década nacional, o relación histórica de la guerra de Reforma, intervención extranjera y gobierno del archiduque Maximiliano. 1857-1867*, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, México, 1987, 3 tomos.
- García Cantú, Gastón, *La intervención francesa en México*, Editorial Clío, México, 1998.
- Iglesias, José Ma., *Revistas históricas sobre la intervención francesa en México*, Editorial Porrúa, México, 1966.
- Iglesias Calderón, Fernando, *Las supuestas traiciones de Juárez*, Fondo de Cultura Económica, México, 1972.
- Lecaillon, Jean François, *Napoléon III et le Mexique. Les illusions d'un grand dessein*, Editions L'Harmattan, París, 1994.
- Meyer, Jean, "La Junta Protectora de las Clases Menesterosas, indigenismo y agrarismo en el Segundo Imperio" en Antonio

Escobar (coord.), *Indio, nación y comunidad en el México del siglo XIX*, Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos/ Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, México, 1993, pp. 329-364.

-O'Gorman, Edmundo, *La supervivencia política novohispana. Reflexiones sobre el monarquismo mexicano*, Fundación Cultural de Condemex, México, 1969.

-Pani, Erika, "¿'Verdaderas figuras de Cooper'? o ¿'Pobres inditos infelices'? La política indigenista de Maximiliano", *Historia Mexicana*, vol. XLVII, núm. 3, enero-marzo, 1998, pp. 571-604.

-Pereyra, Carlos, *Juárez discutido como dictador y estadista. A propósito de los errores, paradojas y fantasías del Sr. don Francisco Bulnes*, Cámara de Diputados, México, 1972.

-Pi-Suñer, Antonia (coord.), *Historiografía mexicana*, vol. IV. *En busca de un discurso integrador de la nación, 1848-1884*, UNAM, México, 1996.

———, "José María Iglesias" en Pi-Suñer (coord.), *Historiografía*, 1996, pp. 155-170.

-Quirarte, Martín, *Historiografía sobre el Imperio de Maximiliano*, UNAM, México, 1970.

-Rivera Cambas, Manuel, *Historia de la intervención y del Imperio de Maximiliano*, Editorial Academia Literaria, México, 1961, 3 tomos.

-Sierra, Justo (dir. literario), Santiago Ballescá (dir. artístico), *México. Su evolución social. Síntesis de la historia política, de la organización administrativa y militar y del Estado económico de la federación mexicana; de sus adelantos en el orden intelectual, de su estructura territorial y del desarrollo, y de los medios de comunicación nacionales e internacionales; de sus conquistas en el campo indus-*

trial, agrícola, minero, mercantil, etc., etc. Inventario monumental que resume en trabajos magisteriales los grandes progresos de la nación en el siglo XIX, J. Ballescá y Cía., Suc., México, 1900, 2 tomos.

———, *Juárez. Su obra y su tiempo*, Editorial Porrúa, México, 1970.

-Soto, Miguel, *La conspiración monarquista en México*, EOSA, México, 1988.

-Suárez Argüello, Ana Rosa, *Un duque norteamericano para Sonora*, CONACULTA, México, 1990.

-Torre, Judith de la, "Niceto de Zama-cois" en Pi-Suñer (coord.), *Historiografía*, 1996, pp. 549-572.

-Valadés, José C., *Maximiliano y Carlota en México. Historia del Segundo Imperio*, Editorial Diana, México, 1993.

-Vigil, José Ma., *La Reforma en Vicente Riva Palacio* (dir.), *México a través de los siglos. Historia general y completa del desenvolvimiento social, político, religioso, militar, artístico, científico y literario de México desde la antigüedad más remota hasta la época actual. Obra única en su género*, Gustavo S. López, México, 1940, 5 tomos.

-Villalpando, José Manuel, "El sistema jurídico del Segundo Imperio Mexicano", tesis de licenciatura, Escuela Libre de Derecho, México, 1981.

-Zamacois, Niceto de, *Historia de México desde los tiempos más remotos hasta nuestros días, escrita a la luz de todo lo que de irrecusable han dado a luz los más caracterizados historiadores, y en virtud de documentos auténticos, no publicados todavía, tomados del Archivo Nacional de México, de las bibliotecas públicas, y de los preciosos manuscritos que, hasta hace poco, existían en los conventos de aquel país*, J. Parres y Compañía Editores, México, 1882, 18 tomos en 20 vols.